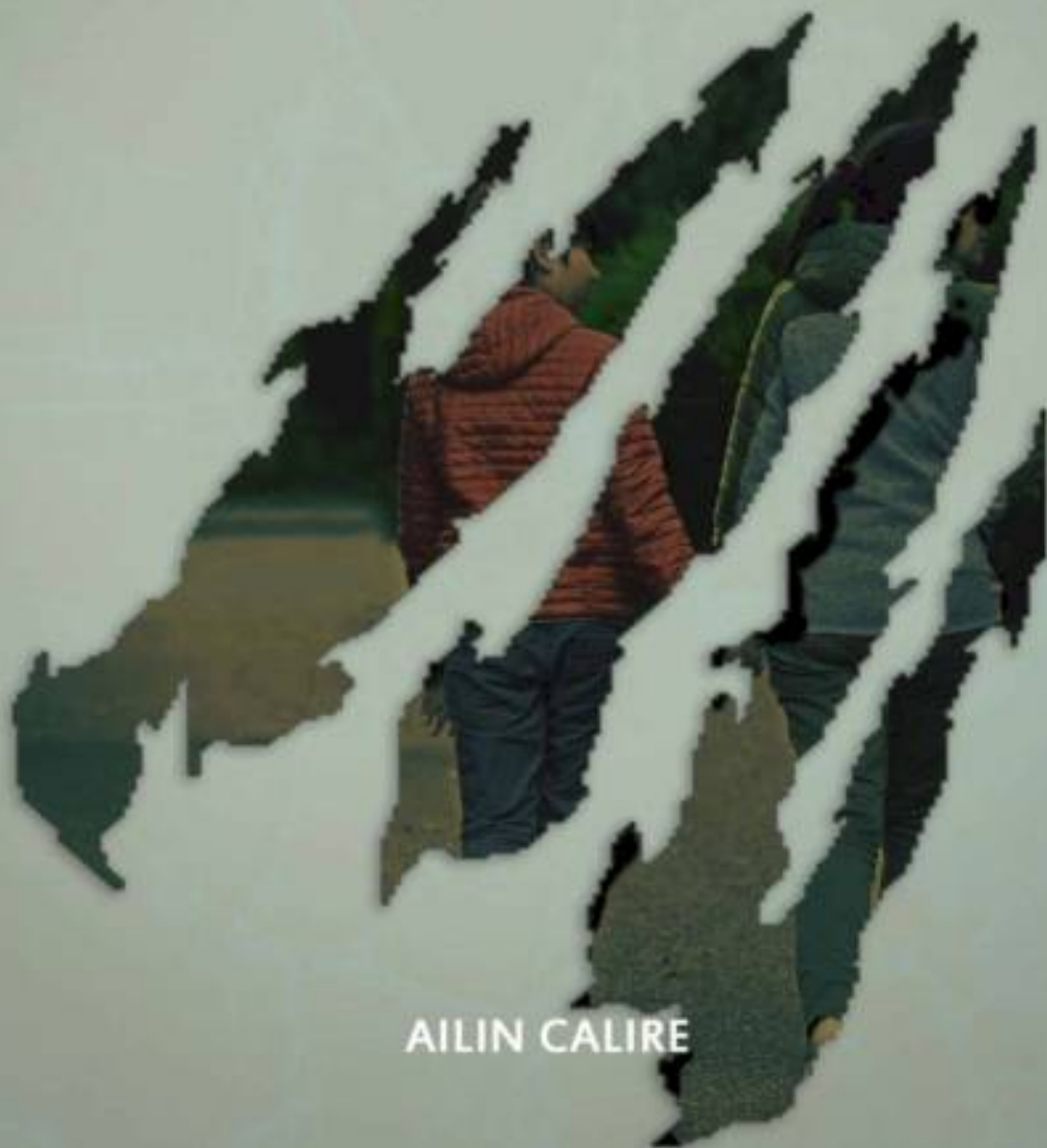


THERION

Comisario Ole Lie II



AILIN CALIRE

Therion

Therion

AILÍN CALIRE

Título original: Therion

Ailín Calire

Primera edición: abril de 2019

Portada © Ailín Calire 2019

Edición: 2019

Sello: Independently published

Todos los derechos reservados © Ailín Calire

ISBN: 9781093480986

Queda totalmente prohibida, sin la previa autorización estricta de los titulares del *Copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos entre ellos fotocopias y tratamiento informático.

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723

Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son, o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

A todos aquellos que han contribuido a que este salga a la luz.

PRÓLOGO

¿Dónde se ha metido este endemoniado niño?, murmuro entre dientes, mientras busco a mi hermano menor.

Estoy cansado de tener que hacerme cargo de él. ¡Solo tengo diez años! ¿Por qué demonios tengo que ser yo quien esté detrás de la criatura? Lo quiero, sí, pero no es mi responsabilidad. Yo debería estar viendo las caricaturas o leyendo algún cómic. Sin embargo, aquí estoy, intentando hallar, en la inmensidad de la casa de mis padres, al pequeño Per, de tres años.

Mi madre cree que yo no me entero de nada, pero, vaya que sí lo hago. Sé demasiado bien qué es lo que se dedica a hacer encerrada en el cuarto. Solo que yo me limito a asentir, como un idiota, haciéndole pensar que creo sus excusas.

A pesar de todo lo que siento hacia mi madre, tengo que encontrar a Per. No puede haber desaparecido por arte de magia. Ya he revisado cada una de las habitaciones —excepto en la que se encuentra mi madre con mi tío. Dudo mucho que se encuentre allí—; el cuarto de baño; la cocina; el desván y la despensa. Ya no se me ocurren sitios dónde buscarlo. No está en los armarios, ni debajo de las camas...

«El patio», dice una vocecilla en mi cabeza. Me llevo una mano a la frente, dándome una colleja por no haberlo pensado antes. ¡Qué estúpido!

Sin perder más tiempo, salgo hacia el exterior por la puerta trasera de la casa. Miro en derredor —debo admitir que estoy desesperado—, en busca del endemoniado niño,

que no hace más que meterse en problemas, hasta que mi vista se posa en la piscina.

Mis ojos se abren de par en par. No puedo creer lo que estoy viendo. Las piernitas de Per sobresalen del borde, moviéndose frenéticas. Me acerco veloz y veo que sus vaqueros han quedado enganchados en un diminuto clavo, que mi padre siempre promete quitar, pero que siempre olvida.

Intento, por todos los medios, quitar el enganche, pero mis manos temblorosas por la desesperación lo único que hacen es entorpecer mis movimientos. Su cabecita está totalmente sumergida en el agua, y yo no puedo con esta imagen. Siento cómo, poco a poco, sus extremidades pierden la fuerza y dejan de moverse, mientras las lágrimas recorren mis mejillas.

—¡Peeeeer! —grito, sin dejar de forcejear con su pantaloncito, para salvarlo—. ¡Mamáááááá!

Sé que es muy poco probable que me oiga, pero necesito su ayuda. Necesito la ayuda de un adulto. ¡No puedo solo!

Cuando por fin logro zafarlo del agarre, sus movimientos han cesado por completo. Cómo puedo, lo recuesto en el césped y comienzo a realizar sobre su pecho, aquellos movimientos que tanto había visto en las películas, alternándolos con respiración boca a boca. Pero nada de lo que hago sirve. Ya no respira. No pude salvarlo.

En el mismo instante, en el que el llanto se abre paso a través de mi garganta, sale mi madre, atándose la bata rosa que le regaló mi padre por Navidad, gritando como una loca.

—¿Qué sucede? —grita, mirándonos a Per y a mí, alternadamente, mientras se deja caer a su lado.

—Ha muerto —son las dos únicas palabras que logro articular. Tengo la garganta seca y un enorme nudo me impide hablar con claridad.

—¡Per! ¡Per! ¿Qué le hiciste, maldito psicópata? —pregunta, observándome con odio—. Sabía que debía abortar-

te —agrega, mientras toma al niño e intenta reanimarlo sin éxito.

Conozco el hecho de que mi madre se arrepiente de haberme dado la vida, aunque nunca he sido capaz de hallar una respuesta. Sin embargo, sus palabras rebotan en mí, como un balón contra una pared. No puede herirme. En este momento, la inocencia y los sentimientos me han abandonado. Tiene razón, soy un monstruo. No he sido capaz de salvar a mi medio hermano. Sí, medio hermano, ya que el niño que descansa sin signos vitales a mis pies, era —aunque mi padre lo desconozca— hijo de mi tío.

Sé muy bien que los sentimientos de mi madre jamás han estado dirigidos a mi padre y que, si no hubiese sido por mí, por haberse quedado embarazada de este ser que ella llama engendro, ni siquiera se hubiesen casado.

Suspiro y observo, cómo, en vano, la mujer a la que he llamado madre diez años de mi vida, toma a Per entre sus brazos y se aleja corriendo hacia la vivienda.

Observo la nada, mientras percibo cómo todos los sentimientos que poseía se desvanecen, evaporándose como las lágrimas que hasta hace unos minutos poblaban mis ojos y empapaban mis mejillas.

UNO

—Sí, señorita. Deme unos veinte minutos y estoy por allá. Sí, sí. No se preocupe. Dígale a Martin que mamá pronto pasará por él —dijo Tanja, con una sonrisa boba grabada en su rostro.

—¿Qué sucede Iversen? —preguntó Albert Knudsen, el nuevo comisario jefe, a sus espaldas.

Tras la muerte de Kurt Jacobsen, el mejor para ocupar el puesto del ex comisario jefe de Delitos Violentos, era Ole, pero había decidido presentar su renuncia y marcharse lejos. De igual manera, Tanja, no podía quejarse, el nuevo comisario jefe, era mil veces mejor que el anterior. Era por demás atento y le permitía cumplir con horarios diferentes, debido a su maternidad. Suspiró y se giró quedando plantada frente al alto hombre. Un metro noventa de puro músculo. No sobrepasaba los cincuenta y ocho años de edad, pero su rostro había envejecido a mayor velocidad que el resto de su cuerpo. Sus ojos azul claro poseían una mirada que la hacían sentirse cómoda en su compañía, mientras que sus labios finos, dejaban entrever una perpetua sonrisa. No se podía decir que fuese atractivo, pero tenía algo que hacía que las mujeres de la policía —aquel año habían ingresado más agentes femeninas—, babearan tras sus pasos.

—Es Martin, ha sufrido un golpe, y a gritos clama por su madre —dijo sonriendo la comisaria—. Pero no se preocupe, terminaré aquí y me iré a por él.

—Oye, Tanja, creo que con esta es la vigésimo tercera vez que te pido que dejes de tratarme de usted. Sé que no

soy muy joven, pero puedes tutearme —respondió guiñando un ojo—. En cuanto a lo que tenemos aquí, no veo que sea un impedimento que te marches. Esa mujer y ese niño, mal que nos pese, no se levantarán salvo cuando los muchachos los trasladen a la morgue judicial —agregó, mirando los dos cuerpos sin vida que descansaban a orillas del río Akerselva.

—Lo sé, pero...

—Sabes que de nada sirve que estés aquí, ¿verdad? —preguntó Knudsen, mirándola de soslayo—. Esta no es la escena del crimen, dudo mucho que *los astronautas* —agregó, poniendo énfasis en las últimas dos palabras, haciendo referencia al mono blanco utilizado por la científica—, den con algo de importancia para la investigación.

Tenía razón. Las huellas, a esas alturas y después de que los cuerpos pasasen tanto tiempo en el agua, habían desaparecido, pero ella sentía que, a pesar de no ser la escena del crimen como tal, algo podía aportarles.

—Vale, de...dame —se corrigió, con una media sonrisa—, quince minutos más.

—Solo quince. Luego ve con el pequeño Martin. Por cierto, ¿no has pensado en decirle?

—¿Decirle?

—Al padre. No creerás que no me he dado cuenta, ¿o sí?

—Está muy ocupado con sus viñas mendocinas, no creo que sea el momento —respondió Tanja, mientras comenzaba a andar hacia donde se encontraba Gina.

—Han pasado tres años, Tanja. Creo que tiene derecho a saberlo. Aunque me odies por meterme en tus asuntos, debía decírtelo —dijo el comisario jefe, encogiéndose de hombros.

—Sé que lo hace-s con buena intención, y en parte tienes razón, pero yo consideraré cuándo es el momento. Gracias, Knudsen —dijo mirando por sobre su hombro.

El comisario jefe, asintió con una media sonrisa. Sí, realmente le caía bien esa muchacha. Con las manos en los bolsillos, giró sobre sus talones y se encaminó hacia la cinta

policial, encarándose a los periodistas que se amontonaban detrás de esta.

Tanja, se situó a las espaldas de Gina. Con el pasar de los años habían logrado retomar, de alguna manera, la relación que no habían podido tener como madre e hija. Enterarse de que su hermana no era tal, sino que se trata de su madre biológica, no había sido algo fácil de asimilar, pero la comprendía y había decidido darle la oportunidad de recuperar el tiempo perdido; sobre todo, al enterarse de que ambas estaban embarazadas, y ella sería hermana y madre a la vez. Necesitaba su apoyo, ya que sus padres, o mejor dicho, sus abuelos, habían decidido regresar a Argentina, tras comunicarles que ella ya estaba en conocimiento de todo lo que había sucedido y de su verdadera identidad. Se sentían tranquilos y habían tomado la decisión de disfrutar su vejez, ya que Gina y Tanja se tenían la una a la otra.

Suspiró. Jamás imaginó estar viviendo aquello. Se sentía feliz, a pesar de que una parte de sí anhelaba que Ole regresara y supiera que tenían un hijo.

—¿Qué tenemos? —preguntó, sobresaltando a la jefa de la científica.

—Deja de darme estos sustos, lograrás que me dé un infarto —respondió recomponiéndose—. Pues, lo que ves. A simple vista no puedo decir mucho, pero aparentemente han sido torturados, aunque eso no me corresponde a mí decirlo, sino a Carlsen, cuando realice la autopsia —agregó incorporándose. —Por cierto, hablando del rey de Roma.

Patrick Carlsen, se acercaba a ellas, con andar cansado.

—Perdón por la demora, el tráfico está horrible. ¿No había mejor día para encontrar otro cuerpo? No, tenía que ser diecisiete de mayo. ¡Qué oportuno! —dijo, colocándose sendos guantes de látex blanco que había sacado de uno de los bolsillos del mono.

—Siempre tan quejica, el señor —se burló Gina, quitándose sus guantes y alzando una ceja.

El forense se encogió de hombros, mientras se acuclillaba junto a los cadáveres.

—Por cierto, los resultados del análisis completo de los dos cadáveres de la semana pasada, se están enviando por fax, si mis chicos han hecho lo que les pedí —dijo Carlsen, sin dejar de inspeccionar los cuerpos.

—Vale, en cuanto pueda pasarme por la comisaría, los leeré. Gracias, Carlsen.

Tanja miró la espalda del médico. A pesar de sus quejas, sabía que estaba donde le gustaba, donde se sentía cómodo. Era su campo y, como todos en el cuerpo, podrían renegar de su trabajo, pero lo amaban. Cada día comprobaba un poco más, que lo que le decían sus profesores en la Escuela Superior, era cierto: *el trabajo policial era una droga*.

—Oye, Gina —dijo Tanja—, necesito que me cubras aquí. Tobias Høie, no es del todo inepto, como todos los que me han tocado en estos años, pero aún está a prueba y no me fio lo suficiente de él. Tengo que ir a recoger a Martin, ¿quieres que también pase por Mikel? Knudsen —agregó con una sonrisita—, me ha dado vía libre para ir a por ellos.

Gina la miró con una media sonrisa, mientras se guardaba los guantes en el bolsillo del mono blanco.

—Ve, tranquila. Yo que soy mi propio jefe, no puedo darme por libre —frunció los labios—. Me harías un gran favor. Hay pizza en la nevera.

—¿Pizza? ¿En serio? ¿Otra vez? —cuestionó la comisaría, poniendo los ojos en blanco—. Hoy cocino yo. Están en pleno crecimiento y quieres darle pizza todos los días. Menos mal que me criaron papá y mamá... —Rio.

—Ay, qué graciosa me has salido —se burló Gina, sin poder evitar reír también—. ¡Anda, ve! Recuerda que hoy llegaré tarde, tengo cita con el psicólogo.

Tanja asintió, giró sobre sus talones y, esquivando a los periodistas, cruzó la cinta policial hacia su coche. Necesitaba a Ole. Lo necesitaba de una manera profesional a la vez que personal.

Suspiró y se montó en el vehículo, cruzando mentalmente los dedos. Esperaba que con estos cuerpos, Carlsen

pudiese darle algo. Los cadáveres de hacía una semana no les habían aportado más que dudas. Tenía cuatro muertos, dos madres con sus respectivos hijos, pero no contaban ni con una mísera pista. Y las necesitaba.

DOS

Al llegar a la comisaría, a la mañana siguiente, se encontró con el escueto informe de la científica junto a los análisis de medicina forense. Sylvia se había encargado de dejarle todo debidamente colocado en su despacho. Esa mujer la conocía muy bien, no podía negarlo. Había intentado por años, dominar aquel Trastorno Obsesivo Compulsivo de que cada cosa se encontrara en su debido lugar, pero al final se había resignado a que era así y difícilmente cambiaría, por más empeño que pusiera en ello.

Tomó las hojas y se sentó tras el escritorio de su despacho. Extrañaba a Ole. Extrañaba sus conocimientos y sabía que, de estar ahí, al menos ya hubiese aportado un poco de luz a todo aquel asunto. Se colocó las gafas —jamás había querido utilizarlas, pero, tras el embarazo, aquel pequeño problema de la vista se había intensificado y no le había quedado más remedio que acudir al oftalmólogo—, y comenzó a leer.

Aquellos informes poco le revelaban, pero al menos tenía por dónde empezar a buscar.

Comenzó a leer, llevándose un bolígrafo a los labios, para luego tomar apuntes, aunándolo a los detalles que poseía de los interrogatorios realizados.

Mary Nielsen. Treinta y cuatro años. Metro sesenta y siete de estatura. Sesenta kilogramos. Heridas corto-punzantes en estómago, muslos y rostro. Violada anal y vaginalmente con un objeto punzante. Desgarros internos. Causa principal del deceso: muerte por asfixia. Psicopedagoga.

Casada con Arthur Nielsen, en proceso de divorcio, separación de bienes y tenencia de su hijo Jacob.

Jacob Nielsen. Diez años. Metro cincuenta y ocho. Cuarenta y cinco kilogramos. Heridas corto-punzantes en muslos, brazos y rostro. Ausencia de la lengua (no hallada). Causa principal del deceso: ahogamiento. Hijo de Mary y Arthur Nielsen.

Suspiró. Odiaba con todo su ser que hubiese niños de por medio. Cerró los ojos y continuó:

Natalie Tofte. Treinta y ocho años. Metro setenta y cinco. Cincuenta y ocho kilogramos. Herida abdominal. Ausencia de órganos reproductores. Desgarros anal y vaginal. Causa del deceso: desangramiento por profundo corte en el cuello. Médica Clínica. Un hijo. En convivencia con Runar Bang, en proceso judicial por la tenencia del muchacho.

Roy Bang. Trece años. Metro setenta. Ochenta kilogramos. Heridas corto punzantes en muñecas y rostro. Ausencia de globos oculares. Causa del deceso: hemorragia interna por múltiples golpes. Hijo de Natalie Tofte y Runar Bang.

No tenían nada. Solo contaban con una coincidencia entre las víctimas: ambas mujeres estaban separadas o en proceso de divorcio. El primer sospechoso siempre era el marido de la víctima, pero que coincidieran dos femicidios, en el lapso de una semana, era por demás extraño. Allí había algo más, lo sabía. Pero, ¿el qué? La respuesta flotaba en su mente, podía rozarla con la punta de los dedos, sin embargo, no era capaz de tomarla y sacarla a flote.

Necesitaba ayuda, y aunque Tobias Høie, el nuevo agente a su cargo, era eficiente y eficaz, no poseía el pensamiento deductivo que necesitaba en aquel momento. Por ese mismo motivo, lo relegaba a tareas más sencillas y simples como lo eran los interrogatorios. Debía reconocer que en ese campo, el muchacho se movía como pez en el agua y la hacía sentirse segura de tenerlo allí. Suspiró. No obstante, y no teniendo por dónde coger aquel toro, quizás lo mejor fuese que ella misma se dirigiese a hablar con los potenciales testigos.